

SERMON

PARA

EL VIÉRNES DE PASION.

(ENSALZAMIENTO DE LA RELIGION POR LAS PERSECUCIONES.)

Quid facimus? Quia hic homo multa signa facit, si dimittimus eum sic omnes credent in eum, et venient Romani, et tollent nostrum locum et gentem.

(JOAN., XI. 47.)

Jesucristo no vino al mundo sino para ser el objeto de contradiccion y la piedra en que se estrellarian las potestades terrenas. Apenas apareció en Belen, cuando un Rey ambicioso maquina su exterminio por los medios más inhumanos, y sólo se vió libre de la persecucion de sus adversarios el tiempo que pasó en el destierro de Egipto y en la silenciosa morada de Nazaret. Al dar principio á su predicacion, fué dada tambien la señal de alarma contra su persona, y por espacio de tres años su vida no fué sino un tejido de vicisitudes ocasionadas por la envidia de sus enemigos encarnizados contra Él: concluíase ya el término de su ministerio, y á medida que se aumentaban sus milagros y se divulgaba su celestial doctrina, crecia tambien el encono de sus émulos. Entre los hechos portentosos que demostraban su poder absoluto sobre la naturaleza, hubo uno cuya publicidad conmovió á Jerusalem, cuya autenticidad no podia ser tergiversada, pues lo habia obrado en medio de los hombres más notables de la

Palestina, y por el cual no se le podía acusar de infractor de la ley de Moisés, como se pretendía hacerlo por las curaciones de los enfermos en el día del sábado: este acontecimiento nunca visto, era, amados míos, el de la resurrección de Lázaro, hombre rico y principal, muerto y sepultado de cuatro días. Un prodigio tan nuevo como era el ver vivo al que cuatro días había estado en la región de la muerte, conmovió toda la Judea: todos venían á Lázaro, y muchos creían en Jesús; y los Pontífices, no pudiendo ya sufrir que el Redentor tomase tanto ascendiente en el pueblo, se reúnen en concilio tumultuoso á deliberar sobre la suerte que debía caber al Hijo de Dios. «¿Qué hacemos? dicen. Este hombre hace demasiados milagros; si lo dejamos así, todos creerán en él; preciso es, pues, que muera.»

¡Injusticia manifiesta! ¿Se ha visto jamás que se reúnan los jueces, que se abran los tribunales para condenar á un hombre que con mano benéfica sana á los enfermos, echa á los demonios, manda á los elementos y restituye al género humano las víctimas que le arrebató el sepulcro? Se ha visto muchas veces condenar al inocente; pero la injusticia ha sido paliada por testigos falsos, ó el juez cedió al influjo de las pasiones, ó fué cautivado por la irresistible fuerza de la codicia, ó, en fin, la verdad quedó oculta entre densas tinieblas, pagando un inocente los crímenes perpetrados por un malvado, á quien salieron bien sus proyectos para cometer el atentado, y sus intrigas para eludir el castigo. En la historia de la legislación se encuentran á cada paso hechos semejantes, pero jamás se reunió un tribunal para condenar á quien era puro en sus costumbres y en su doctrina, y empleaba al mismo tiempo las horas del día en aliviar al desvalido y consolar al huérfano y á la viuda. Esta es, sin embargo, la causa que se alega contra Jesús. *Hic homo multa signa facit.* «Si le dejamos continuar en su predicación, todos

van á creer en Él, y vendrán los romanos, y se apoderarán de nuestra patria y de nuestra gente.»

¡Error, error! Muy al contrario: se reúnen en concilio los sábios de Jerusalén para proponer los medios de conservar su nación, y para ello determinan la muerte de Jesús. ¿Y qué consiguen? «Destruir, dice San Basilio, lo mismo que querían conservar.» *Quasi locum et gentem servaturi ipsorum consilio, utrumque perdiderunt.* (Homil. 21 de *Humilitate.*) Un falso celo del bien público les condujo al extremo de condenar á muerte á Jesús para no perecer, y esta fué la causa de su ruina y exterminio. «Temieron perder las cosas de la tierra, dice San Agustín, sin fijar su vista en las eternas, y así perdieron uno y otro (*Hom. de hoy.*)» ¡Ah, amados míos! Este concilio fué sin duda el primero que se tuvo para perseguir la verdad, y en él se cumplió el vaticinio de David, que se reunirían los poderosos de la tierra, y se aunarían los príncipes contra Dios y su Cristo. Los pontífices y los fariseos abrieron sus inícuas sesiones, y éstas continuaron en los tiranos y en los herejes, y no acabarán sino con el hijo de perdición. Jesucristo era el tipo de cuanto sucedería á su Iglesia: ella sería perseguida, sus ministros sufrirían los desprecios, los baldones, los tormentos y la muerte; en todas las edades, hasta la consumación de los tiempos, se reunirán las potestades de la tierra para destruirla y aniquilarla: y ¿cuál será el resultado de sus ataques? El mismo que tuvieron los judíos con la muerte de Jesús; creyeron abolir la memoria del Redentor entregándole á la muerte, y esto no fué sino el principio de sus glorias y de su ensalzamiento; pensaron conservar su templo y su república por medio de su exterminio, y esto aceleró su ruina total. ¡Qué ejemplo para los grandes y para los pueblos! ¡Qué lección para los que quieren arrojar de su seno la Religión de Jesucristo é introducir sectas erróneas! Los judíos temen que viva Jesús,

para que no se crea en Él; los sábios de Jerusalem quieren conservar sus haciendas y sus vidas por la muerte del Mesías, y poco despues del deicidio son destruidos. ¿Puede darse engaño más grosero?

De aquí, amados mios, saco yo una gran reflexion, y que interesaria mucho saber á los hombres de este siglo, y voy á proponerla á vuestra consideracion en dos puntos: Cuantas persecuciones maquinen los poderosos del mundo contra la Religion y sus ministros, serán para mayor ensalzamiento de esta misma Religion; primera parte: Cuantas intrigas y maldades se proyecten contra ella, sólo servirán para mayor confusion de sus autores; segunda parte: en una palabra, cuanto más perseguida es la Religion, tanto más es ensalzada; cuanto más la ultrajen los hombres, tanto más trabajan para su propia ruina. Pidamos la gracia para continuar.

AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Sí, amados mios; Jesucristo debia sacar sus triunfos y sus glorias de sus mismas ignominias, y éstos consistirian en plantar su Religion divina en todos los pueblos de la tierra, aboliendo la religion judáica, destruyendo la idolatría, y haciendo que todo poder en el cielo, y en la tierra, y en los abismos, le doblase la rodilla y confesase el supremo dominio del Crucificado. «Se humilló á sí mismo, dice el Apóstol, haciéndose obediente hasta la muerte infame de una cruz, y por esto Dios le ensalzó dándole un nombre sobre todo nombre, que todas las naciones han de adorar y confesar.» Pero no nos detengamos en demostrar el ensalzamiento del Redentor, cuya muerte proyectó el concilio judáico para borrar su me-

moria. ¿Quién lo ignora? ¿Quién no ve que desde el primer momento en que empezaron los fariseos á perseguir á Jesucristo, no hicieron más que contribuir á que todos lo conociesen? Contradicen su doctrina, y el pueblo, en número de más de ocho mil almas, le sigue á las ciudades y á los desiertos, atravesando lagos y rios para oir las palabras de paz que salen de sus lábios. Lo acusan como á infractor de la ley de Moisés porque cura en el sábado, y por todas partes, en las calles y plazas, se ve rodeado de dolientes que piden la salud. Se enfurecen porque se llama Hijo de Dios; se irritan porque recibe aplausos del pueblo, y en esos mismos momentos se deja oir una voz del cielo que confirma al pueblo en la fé y aterroriza á sus enemigos. (Joann., cap. xii, vers. 28.) Lo ponen en la cruz porque se decia Rey de los judíos, y en el mismo suplicio manda el juez que se le ponga, no por burla ni por ironía, sino como un testimonio auténtico y jurídico, el título de su dignidad en caractéres hebreos, griegos y latinos, para que todos lo conociesen como á Rey de los judíos; lo condenan como á un malvado contra la voluntad del juez, y esto basta para que su noticia llegue al Senado de Roma, y se discutan sus talentos, su doctrina, sus virtudes y sus milagros, y quiera Tiberio colocarle en el templo de los dioses. Ponen guardias á su sepulcro porque no lo robasen sus discípulos y dijese que habia resucitado, y sólo sirven para ser los testigos más verídicos de su resurreccion gloriosa. Esto bastaria para demostrar la nulidad de los esfuerzos humanos contra la voluntad de Dios: tres años pasaron los sabios de la Judea en calcular, en combinar los medios para destruir á Jesucristo, y todos sus proyectos se desvanecieron, y con su ejemplo enseñaron al mundo su necedad y estulticia: *Evanuerunt in cogitationibus suis dicentes se esse sapientes stulti facti sunt.* (Iad Rom., cap. xxi, vers. 22.) Diez y ocho siglos há que Jesucristo fué glorificado por

el mundo, que se erigió en perseguidor suyo; las persecuciones empezaron en Él, continuaron en sus Apóstoles, y se perpetúan en los miembros de la Iglesia. ¿Han aniquilado la verdad? ¿Han destruido la Religión? No, amados míos, no; ántes al contrario, vemos á esta hija del cielo, rodeada siempre de los esplendentes rayos que la comunicó su divino Autor, haciendo su órbita majestuosa, que empezó en el Calvario, como en su Oriente, disipando las nubes del judaismo; se elevó con gloria confundiendo los errores del paganismo, y no llegará á su Ocaso sino presentando entre las ruinas del mundo los trofeos alcanzados sobre la herejía de los Arrios y la apostasía de los filósofos de estos últimos tiempos; su Autor se lo prometió, y así como Él venció á los fariseos entre los horrores de la cruz, así su Religión sacrosanta, asistida por Él, vencerá hasta la consumacion de los siglos. *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem sæculi.* (Mathæi, cap. xxviii, vers. 20.)

Para llegar á comprender esta verdad, examinemos los medios de que se valió la Providencia para extender la Religión del Crucificado, las contradicciones del humano poder y los resultados.

Al considerar con las luces de la historia de la humanidad lo que pasó en el siglo de Augusto, se ve un hombre en la Judea que, á manera de los filósofos de Roma ó de Atenas, reúne algunos hombres, y apartándolos del vulgo forma de ellos un cuerpo aparte ó una escuela; no trata con ellos ni de los principios de la filosofía, ni los imbuje en las máximas del gobierno, ni de la política del mundo; les manda que den al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios, y con esta sola máxima dice en dos palabras cuanto debe hacer el monarca para llenar los deberes que contrajo con sus vasallos, al recibir un poder que solo el Eterno inmortal Rey de cielos y tierra puede comunicar á los mortales, como la estrecha obli-

gacion que gravita sobre los pueblos de tributar á sus soberanos los homenajes de obediencia y respeto. De la boca de este Maestro no salen sino palabras de paz y de dulzura; manda á sus discípulos que aprendan de Él á ser mansos y humildes de corazón; pero un día llega en que les declara sus proyectos, y ¿cuáles son? «He venido, les dice, á poner fuego en la tierra: ¡y qué deseo tengo de que se abraze!» ¡Qué! ¿Será este Maestro semejante á los filósofos de estos días, que, no contentos con la paz que encontraron al nacer, trastornan todas las leyes, echan á tierra todas las instituciones, ponen á sangre y fuego las familias, las provincias y los reinos? ¿Sería como esos hombres ambiciosos, quienes, al favor de las intrigas y de las pasiones populares, minan los tronos y se ponen en lugar de los que han sucumbido á su tiránica usurpacion? No, no; lejos de esto, una vez admirado el pueblo de la fuerza de la palabra de Jesus y de su doctrina, quiso aclamarle por Rey, y para que no lo llevase á cabo, se huyó al desierto. Pero ved lo que dice á sus Apóstoles: «Andad y enseñad á todas las naciones; no lleveis dinero ni provisiones; contentaos con una túnica, y no queráis cubrir vuestros piés; yo vencí al mundo, no temáis; cuando los hombres os maldigan y persigan por mi nombre, alegraos, pues vuestros nombres están escritos en el cielo; sereis conducidos delante de los Reyes y de los Presidentes, que os afligirán y atormentarán; pero no temáis á los que no tienen poder sino sobre vuestros cuerpos, y nada pueden hacer á vuestras almas; no temáis, pues, pequeña grey; vuestro Padre os dará el reino; yo os envió como á ovejas entre lobos; sed prudentes como la serpiente y simples como la paloma, y si no os recibieren bien en alguna parte, salid del país y sacudid vuestras sandalias, y yo os aseguro que aquella nacion será tan castigada como Sodoma; os aseguro, amados discípulos, que gemireis y llorareis; el mundo se alegrará;

vosotros os entristecereis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.»

¡Qué medios tan extraños para introducir una Religion en la tierra! ¡Gran Dios! ¿Así quereis convertir el mundo? Pero en esto aparece, amados míos, la virtud de la Religion, dice el Crisóstomo. (Hom. 33, *in Math.*) Los Apóstoles, desnudos de todas las cosas en el efecto y en el afecto, serían fuertes como el diamante, irían, no simplemente á los lobos, sino en medio de ellos; mordidos y lacerados mil veces, no sólo no serían vencidos, sino que mudarán la naturaleza de sus contrarios, y de lobos fieros se convertirán en mansos corderos. La razon, sin duda, se resiste á creer que unos hombres pobres y desnudos, sin poseer el talento que arrastra á la multitud, ni la reputacion que la deslumbra, ni las riquezas que la seducen, ni las fuerzas que la avasallan, hayan podido más que todos los monarcas del mundo juntos, hayan sido más felices en sus persuasiones que los filósofos más elocuentes, hayan extendido su dominacion más que los Jerjes, los Alejandros y los Césares; pero la historia, que es el monumento donde la razon eterniza sus producciones, nos lo demuestra hasta la evidencia: examinemos las primeras tormentas de la Religion; veamos las resultados del Concilio farisáico: al parecer, la sinagoga consiguió su triunfo; de los pocos discípulos de Jesus, uno le ha vendido con vilantez, otro le ha negado tres veces, todos los demás le han abandonado, y uno solo le acompaña en su último trance. Por otra parte, Jesus, despues de haber sido atormentado con crueldad, espira en un suplicio infame, oyendo hasta su última hora los insultos más injuriosos; acabóse Jesus, ya murió, ya se halla en el sepulcro; sus alumnos son hombres de la plebe, sin letras, sin saber, sin medios, sin reputacion: pasan tres dias en llanto, y poco á poco se reunen en la casa donde por la última vez habian cenado con su Maestro. ¿En qué

han venido á parar las risueñas promesas del Hijo de María? ¡Alégrate, sinagoga; goza en paz de las alegrías de tu victoria! Pero ¿qué rumor viene á poner en consternacion á Jerusalem? De repente resuenan sus cuatro ángulos con la noticia de que ha resucitado Jesus; las guardias del Sepulcro corren despavoridas, anunciando al Concilio que han oido el ruido espantoso que ha causado la lápida levantada por los ángeles; que éstos se hallan sentados sobre los mármoles; los discípulos salen al público; libre ya del humano poder, sube su Maestro triunfante á los cielos; baja un viento vehemente sobre el colegio apostólico; al ruido se agolpa Jerusalem; hombres de todas las naciones se reunen á porfía; habla Pedro en su idioma, y todos le entienden en su propia lengua; tres mil hombres se arrojan á sus piés, confesando la divinidad del Crucificado en el centro de la ciudad deicida, y á la vista del Concilio que le ha condenado, suben Pedro y Juan al templo, curan en el nombre de Jesus á un cojo de nacimiento, dirige de nuevo la palabra, y se convierten cinco mil almas. ¿Qué haceis, fariseos? La virtud de Jesus se ha reproducido en el que lo negó á la voz de una de vuestras esclavas; oid lo que dice á la turba reunida: «Dios resucitó á Jesus, á este hombre aprobado por sus virtudes, prodigios y señales, á este hombre que los malvados condenaron.» (*Act.*, II, 23.) ¿Cómo podeis sufrir lo que os dice á vosotros en ese mismo Concilio en que condenásteis á su Maestro? «Este Jesus es la piedra que ha sido reprobada por vosotros; no quereis que prediquemos en su nombre; juzgadlo vosotros, ¡oh Príncipes del pueblo! ¿Es justo que os oigamos á vosotros, y dejemos á Dios? Preparad vuestras cárceles, condenadnos al destierro ó la muerte, pero no podemos menos de hablar lo que vimos y oimos.» (*Act.*, IV, 11 et 20.)

¡Qué triunfo tan esclarecido! ¡Qué victoria tan completa! La Religion sale más clara y refulgente de entre las

ignominias, que no apareció la luz al principio del mundo contrastando el caos horrible que precedió á la creacion. Si ántes de juntarse los pontífices de la Judea para deliberar sobre la muerte de Jesus se les hubiese dicho que ellos iban á ser la causa de su triunfo, ¿lo hubieran creído jamás? Sin embargo, amados míos, así sucedió. Los fariseos plantaron en toda la tierra la Religion de Jesucristo; los príncipes abrieron camino á sus triunfos. A fuerza de las persecuciones que ejercen en los discípulos del Calvario, éstos se ven precisados á abandonar aquel suelo desgraciado: Pablo, convertido de perseguidor en discípulo, y revestido de toda la sabiduría del cielo, les anuncia que, siendo indignos del reino de Dios, pasan á anunciarlo á las naciones (*Act.*, XIII, vers. 46); y desde aquel día los Apóstoles empiezan á recorrer la tierra; el Areópago oye una doctrina que sus filósofos no conocían, y Jesucristo es adorado como Dios; las naciones más remotas del Asia, en Oriente y Occidente, en la capital del mundo, en el palacio mismo de Neron, en el seno de su familia, el Crucificado tiene sus discípulos. ¡Oh! Aprended, hombres poderosos; vosotros los que sois llamados á gobernar los pueblos, no tomeis por modelo al Concilio de Jerusalem: cuanto más persigais la Religion, tanto más contribuireis á sus glorias; cuanto más pretendais humillar á sus ministros, tanto más valerosos los encontrareis para resistir á vuestra impiedad: nada importa que haga diez y ocho siglos que murió el Redentor y ostentó su virtud; el mismo espíritu anima hoy á su Iglesia que en los primeros días; Jesus estuvo con ella en su nacimiento, y la asistirá hasta la consumacion de los tiempos: *Ecce ego vobiscum sum*, etc. Prosigamos, y luego vereis demostrada esta verdad.

Cuanto habia ocurrido hasta entónces contra la Iglesia y la verdad, era nada en comparacion de los formidables ataques que iba á sufrir; la Sinagoga era como una gota

de agua perdida en el Océano, en comparacion de las religiones idólatras; la Palestina era un punto poco apercibido en el globo; el imperio de Roma dominaba toda la tierra, y con sus armas habian llevado los conquistadores á todas partes sus errores y su supersticion, y radicádola en los corazones de todos los hombres; toda la tierra conspiraria en breve contra doce pescadores del lago de Genezareth; los Emperadores con su despotismo, el Senado con su autoridad, el imperio con sus aguerridas legiones, los filósofos con sus escritos, las escuelas de Roma y de Atenas con sus sofismas, los prefectos con sus tormentos, el pueblo con las preocupaciones de su educacion idólatra, los sacerdotes de las divinidades quiméricas con sus infernales artificios, toda la estirpe humana se pondria en accion, todo el infierno en movimiento. Los primeros discípulos de Jesus mueren todos á fuerza de suplicios, y como han dejado sucesores en todas partes, como el número de cristianos se aumenta cada dia, se erigen en los cuatro ángulos de la tierra nuevos suplicios, y se inventan tormentos; á nada perdona la tiranía; los potros, las cadenas, los azotes, acrisolan la paciencia de los mártires, y el fuego y el hierro ponen fin á su existencia; cerca de trescientos años se pasan haciendo carnicerías horribles en los secuaces de la Religion revelada; llega, en fin, el bárbaro Diocleciano, y bajo su dominacion se levanta una persecucion tan horrible, que en sólo un mes perecen diez mil cristianos. Ya no les es dado vivir en la superficie de la tierra; forzados por el rigor de la persecucion, se ocultan en los subterráneos; el paganismo entona himnos de alegría; el Emperador publica un edicto, en que dá gracias á sus falsos númenes por haber abolido el nombre cristiano; se le consagran estatuas, cuyo pedestal deslumbra con inscripciones de oro: *Nomine christianorum deleta... Christi superstitione ubique deleta*. Se publica por todas partes,